

por esto que el Príncipe se trasforma en maestro de la conciencia, porque defender la Iglesia en el ejercicio libre de las funciones confiadas á ella por el mismo Dios y reconocer públicamente que le corresponden súbditos y gobernantes, no es atribuirse un magisterio, sino doblegarse al existente, reconociendo y auxiliando al investido legítimamente. ¡Gran cosa que, pudiendo gozar el mundo de tamaño beneficio, no lo quiera, con todo, conocer! ¿Sabeis, lectores, qué se requeriría para que se realizara tal designio? Sólo que, cesando todas las desconfianzas hácia la Iglesia, se reconociese sólo en ella el derecho en el mundo de enseñar la verdad autorizada-mente.

CAPÍTULO XX.

Fraternidad.

I. Todos somos hermanos.—II. Cómo se practica la fraternidad.

Detrás de la palabra libertad vienen otras dos que con demasiada frecuencia son el fónes de graves desórdenes: la fraternidad y la igualdad. En nombre de la fraternidad maltrátase al género humano; en el de la igualdad, los que tienen menos quieren oprimir á los que tienen más; para no detenerme con un proceso demasiado largo contra dichas fórmulas, que hace casi un siglo hacen tanto mal en el mundo, me contentaré con refutar en este capítulo y en el próximo algunos errores que á su sombra se ocultan tranquilamente. Comencemos por la fraternidad.

I.—*Todos somos hermanos*: hé aquí la primera profesion de fé moderna. Ahora bien: ¿qué se puede criticar en ella? Si tal proposicion se comprendiera rectamente, no sólo no habria la menor cosa que reprehender, sino mucho que alabar, porque ¿qué cosa en sí misma más sublime ó más útil para el mundo que la verdadera fraternidad? Mas como se comprende mal y se usa para encubrir traiciones y perfidias, es preciso examinar un poco lo que vale en el uso que se hace de ella más frecuentemente.

Fraternidad es amor: tal como se comprende, sin embargo, destruye todo verdadero amor, y emplease como un tizon para encender la discordia. Recuerden los lectores el tiempo en que á emplearse comenzó la palabra, ó sea en el siglo pasado, al estallar la gran revolucion: ¿no fué aquel el tiempo de la fraternidad? Los campeones primeros que la enaltecieron enviaron de súbito al patíbulo más de doscientos mil conciudadanos suyos, y después hi-

CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

cieron lo propio entre sí mismos, porque se deslizaron recíprocamente á la *linterna*, á la guillotina, al hacha y á las segues, como bien sabido es. Los que les sucedieron en el nombre de hermanos, les sucedieron tambien en su amor recíproco. Alguna prueba tuvo la Europa en el 48; y en nuestros dias, nuestros caros hermanos van diciendo y publicando que para establecer en el mundo su fraternidad es preciso que un millon de hombres se vaya de este mundo, y no se cometerá exceso.

Además, ¿dónde no suscitó la discordia esta fraternidad amable? Miéntras un país posee sólo la caridad antigua, está tranquilo y disfruta del orden. Dejad que se forme un número de hermanos, y sabreis decirme el cariño que establecerán. Los criados comienzan á envidiar la suerte de los señores, y éstos á zaherir á sus dependientes: los campesinos desconocen los derechos de los propietarios, los cuales hacen cuanto pueden para explotar á sus arrendatarios. La fraternidad lleva la discordia al seno de las familias, armando á los hijos contra los padres, á los padres contra los hijos, á los súbditos contra los príncipes, y ¡cosa increíble, pero verdadera! á los príncipes tambien contra sus súbditos: allí donde la fraternidad se presenta, fija la discordia sus reales.

Pero si nada más hubiese, podrá observar alguno, bastaría decir que aquella palabra se usa por antífrasis, con lo cual quedaria el engaño aclarado; mas otro, mucho más profundamente maligno, se encierra en él, por cuanto el nombre de *fraternidad* se adoptó por ódio á la religion, ó sea para excluir la verdadera fraternidad, propia de la Iglesia de Jesucristo. Para comprender esto es preciso tomar las cosas desde arriba. En el siglo pasado, la filosofía, de acuerdo con la Revolucion y la irreligion, procuró destruir todo el Cristianismo, y despues de haber impugnado sus pruebas, escarnecido sus misterios y hecho irrisión de sus creencias, se precipitó contra las virtudes cristianas. Era preciso sustituirlas con alguna cosa, aunque sólo fuese para cubrir las apariencias y contentar á los que no con-

cluian de despojarse de las reminiscencias católicas. ¿Qué hacer, por tanto? Entre las virtudes introducidas por el Cristianismo en el mundo, la caridad tenía el sitio primero y principal, ya por el fulgor que despedia, ya por la utilidad que proporcionaba: precisamente ésta se quiso imitar. Mas no era fácil, porque siendo la caridad una de aquellas plantas que no florecen fuera del jardin del Catolicismo, y no queriéndose de ningun modo á la Iglesia, se ignoraba cómo salir del paso. Entónces manifestóse toda la nueva sabiduría de aquel siglo, que halló una virtud con todas las apariencias de la caridad, sin tener su carga y su molestia. Fué la fraternidad.

Que es precisamente una máscara de la caridad, y nada más, lo reconocereis muy pronto. La caridad es virtud sobrenatural que procede de lo alto, ó sea de Dios. Requiere un principio sobrenatural en el corazon, que forme los actos y determine el amor por razones sobrenaturales. Ama la caridad al prójimo, no por ser hombre, ni por ser bueno, ni por ser amable, ni porque puede sernos útil, sino por ser hijo adoptivo de Dios, por estar redimido por Jesus, porque lo manda el Señor, porque Jesucristo trasfirió, lo diré así, á nuestros semejantes los títulos que tiene á nuestro amor, y reconoce como hecho á sí lo hecho al prójimo. Añadid que todo esto se hace con el auxilio de la gracia que Dios nos suministra, y en fuerza de la caridad sobrenatural que nos ha infundido. La fraternidad, por el contrario, procede sólo de la tierra, y no conoce por principio de sus operaciones más que la naturaleza, ni tiene más motivos delante de los ojos que los naturales. Ve en el prójimo lo humano, la belleza exterior, el donaire, cierta honradez natural, la bondad del corazon y cosas semejantes; mas no ve absolutamente nada de lo que está en el hombre sobre los sentidos y la razon; á saber, los dones que Dios le otorgará y los títulos con que le adornó en el orden más excelsa: el de la gracia.

La caridad hácia el prójimo es virtud nobilísima, y aún la más excelsa de todas, toda vez que, segun

la fé católica, es una misma cosa con el amor divino, porque procede del mismo origen, y porque tiende al propio fin, amando más en el hombre al Criador que á la criatura. La fraternidad no merece ninguno de tales encomios, porque es simple amor del hombre, que procede sólo del impulso de la misma humanidad.

De aquí que la caridad es capaz de todo género de empresas; pero la fraternidad hace poquísimo, y aún esto difícilmente. La caridad ha roto las cadenas á medio mundo de esclavos, ha convertido en hombres salvajes embrutecidos, trasformándolos después en cristianos, y subviene, por fin, á todas las calamidades públicas y privadas. Son obra suya los hospitales erigidos á los enfermos, los asilos fundados para los ancianos, las casas de huérfanos abiertas para los niños, y todas las instituciones de positiva beneficencia; y, lo que aún es más, sólo ella ha enseñado y movido eficazmente á consagrar la persona, las propias fatigas y obras al pobre, al abandonado, al doliente, al prisionero y al moribundo. La fraternidad ha declamado un poco, pero no ha impedido que subsistiesen todos los males de los hombres que ha encontrado: á lo más, á lo más, ha dado una limosna y retribuido al que habia de pensar y poner remedio á la humanidad: nunca tuvo el valor de consagrar á ella la misma persona.

La caridad es constante y duradera en sus obras, así como magnánima en superar todas las dificultades. Ama no sólo cuando no es amada, sino también cuando es molestada y aborrecida. Si la perseguís, no retrocede; si la angustiáis, más resplandece; si quereis hollarla, prorrumpe de todas partes, y se manifiesta mucho más. La fraternidad no tiene ninguna de tales dotes. Una mirada torva es suficiente para que se debilite y extinga, porque la naturaleza sobre que se funda al extremo no arriba de amar aún al enemigo, y de amarlo constantemente. La fraternidad no puede vencer dificultades graves, porque le faltan motivos que la sostengan. Quien ve en una obra difícil y notable el man-

damiento divino, el beneplácito celestial y la imitación del Redentor, no puede no olvidarse de sí mismo y no subir sobre sí propio; quien ve sólo el bien de uno de sus semejantes y la satisfacción de una lástima natural, es forzoso que ceda no bien se oponga fuertemente al de otros el bien suyo, y una satisfacción humana quede vencida por un fastidio excesivo. El baron de B..., hombre de mucho seso y piedad, respondió al que le pedía en una ocasión cierto socorro, poniéndole delante la fraternidad y la filantropía:—No digais más, contestó, no digais más; porque si me lo pidiérais por el amor de Jesucristo, os lo daría gustosamente; mas si consultase mi filantropía, haríais colgar de aquel árbol. Quise decir que cuanto era motivo válido y eficaz el primero, tanto era débil y flaco el segundo. Otro, por el contrario, afirmaba que no queria mancharse con la fraternidad, por haber descubierto que carecia de ojos para conocer el prójimo, de corazón para quererlo, y de manos para servirlo. Muchas otras diferencias hallaría entre la fraternidad y la caridad quien las examinase detenidamente: pero aún lo poco indicado, ¿no es bastante para poner de realce la negra traición que se hace á los fieles al sustituir la una á la otra, dando la sombra por la realidad, y la apariencia por la sustancia?

Además, la fraternidad quiere decir universalidad de union para el que tome la palabra en su sentido mas óbvio y haga caso un momento de las declamaciones de los *hermanos*; porque ¿no es cierto que están siempre dispuestos á decir que todos nos hemos de amar como hermanos, que los pueblos no son más que una gran familia, que deben fundirse, que debe procurarse el bien de la humanidad entera? Ciertamente, tales son sus discursos. Mas de hecho, ¿en qué se convierte después su fraternidad? En constituir en medio de los demás una turba de audaces y de prepotentes, que quieren tener esclava de sus caprichos la sociedad entera.

Seamos todos hermanos: acudid, pues, á los puñales, á los venenos, á los *revolvers*, para que desaparezcan del mundo los que no piensan como nos-

otros, los que no hablan como nosotros, los que no escriben como nosotros, los que no viven como nosotros. ¿Acaso no son los defensores de la santa fraternidad los que recurren á tales medios y oprimen al mundo con tales cadenas?

Seamos todos hermanos: luego que no haya libertad de ninguna especie sino para nosotros. ¿Religion? No la queremos. ¿Eclesiásticos? No nos placen los regulares, y los otros que vivan en hora buena, con tal que hablen y obren como queramos. En las personas del siglo no queremos supersticiones: no tanta castidad, ni tanto retiro, ni tantos funestos presagios. Que las escuelas se funden á nuestro gusto, como tambien los gobiernos y la administracion de la cosa pública: que toda la sociedad se rija segun nuestro capricho. ¿No son éstas, lectores, las pretensiones de los *hermanos*, no sólo de Italia, sino tambien de Europa entera?

Todos los hombres son hermanos: luego que se aparten y dividan en grupos, segun las nacionalidades. Si aquel es francés, que sea desterrado; si es tudesco, mucho peor aún. Todos los que forman parte de los veinticuatro millones son buenos y sábios, doctos y civilizados, la gloria del siglo, el honor del mundo, porque son italianos; mas si pasais el rio Varo, ó el Adige, por allá y por aquí, no hay sino fieras y bárbaros, dignos de exterminio. ¿No hablan así nuestros queridos *hermanos*?

¿No bastan estas indicaciones para que todos se desengañen sobre la tan decantada fraternidad? Si no bastasen, leed lo que sigue, copiado por Chateaubriand, y traducido por Cantú, que, si bien extenso, os desengañará completamente acaso, poniéndoos delante de la vista lo que han sabido hacer los primeros defensores de la nueva fraternidad, y lo que puede aguardarse de los que les sucedan.

«No han perecido en Francia, dicen, más que seis mil víctimas por los tribunales revolucionarios. No son pocas; mas veamos si sale la cuenta. En el primer número del *Boletín de las leyes* está el decreto que instituye el tribunal revolucionario,

y establece que la *única* pena que se ha de aplicar es la de muerte. El art. 9.º autoriza á cada ciudadano á detener y llevar á los magistrados los *conspiradores* y los *contrarrevolucionarios*. El art. 13 exime de la prueba testifical, y el 16 priva de abogados á los *conspiradores*. De este tribunal no se daba apelacion.

»El republicano Proudhon, que no aborrecia la revolucion, y que escribió cuando la sangre aún estaba caliente, dejó seis volúmenes de particularidades, dos de los cuales forman un diccionario donde cada *criminal* está marcado por alfabeto con *nombre, apellido, edad, patria, calidad, domicilio, profesion, fecha y motivo de la condena, dia y lugar de la ejecucion*. Pues bien: entre los decapitados hay 18,613 víctimas, así repartidas: de la nobleza, 1,278 hombres y 750 mujeres; 1,467 casadas con artesanos; 350 religiosas; 1,135 sacerdotes; 13,633 no nobles, de diversos estados. Total, 18,613. Además 3,400 mujeres muertas por partos prematuros—348 en cinta ó de sobreparto—15,000 muertos en la Vendée—22,00 niños—90,000 hombres.

»En Nantes, durante el proconsulado de Carrier, 32,000 víctimas, sobre las que se dan luego algunos detalles. En Lyon, 31,000. En este cómputo no van comprendidos los asesinados en Versalles, en los Carmelitanos, en la Abadía, en la nevera de Aviñon, ni los fusilados de Tolon y de Marsella despues de los asedios de aquellas dos ciudades, ni los degollados en la pequeña ciudad de Bedoin, cuyos habitantes perecieron todos.

»Para la ejecucion de la ley de los sospechosos, de 21 de Setiembre de 1793, estableciéronse más de cincuenta mil comités revolucionarios en el suelo francés, que costaban 591.000.000 anuales; 540.000 acusadores tenían el derecho de señalar para la muerte. Sólo en París se contaban sesenta comités, cada uno de los cuales tenía una prision para los sospechosos.»

El girondino Rioufle refiere lo que sigue en sus *Memorias de un prisionero*: «Las mujeres más hermosas, más jóvenes y más amables eran las

CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

primeras que caían en este abismo, del cual salían á docenas sólo para ir á derramar su sangre sobre el tablado. La depravacion y el ódio marchaban en aquellos mónstruos paralelos. Jóvenes en cinta ó de sobreparto, debilitadas y rendidas por aquel trance respetado hasta por los canibales, y otras, á las cuales se habia secado su leche por el terror, ó porque les habian arrancado los hijos de su seno, eran precipitadas de dia y de noche en esta vorá-gine. Arrastradas de prision en prision, llegaban con las manos débiles cargadas de indignos cepos, y algunas hasta con collar de hierro. Entraban casi desvanecidas y en brazos de carceleros burlones, medio fuera de sí ó como mentecatas: singularmente en los últimos meses (ántes del 9 *termidor*) habia una actividad infernal: dia y noche, cerrojos en movimiento; sesenta personas llegaban por la tarde para ir al suplicio: al dia siguiente eran sustituidas por otras cien, á las que aguardaba la misma suerte.

»Catorce muchachas de Verdun, de un candor sin ejemplo, que parecian vírgenes adornadas para una fiesta pública, fueron conducidas juntas al tablado. Desaparecieron todas de un golpe, segadas en su primavera. No he visto nunca entre nosotros desolaciones semejantes, excitadas por tanta barbarie.

»Veinte mujeres del Poitou, pobres campesinas las más, fueron tambien asesinadas juntamente. Tengo aún delante de los ojos aquellas víctimas desventuradas, extendidas en el patio de la cárcel, muy cansadas por la fatiga de un largo camino, yacientes sobre el empedrado... Al punto de ir al suplicio, fué arrancado del seno de una de aquellas infelices un niño de pecho, que estaba precisamente mamando una leche cuya fuente debia secar dentro de poco el verdugo. ¡Oh clamores del maternal dolor! ¡Cuán agudos fuísteis, pero inútiles! Algunas murieron en las carretas, y fueron guillotina-dos sus cadáveres. ¿No he visto yo pocos dias ántes del 9 *termidor*, arrastradas al patíbulo á otras mujeres declaradas en cinta? ¿Y son hombres, y franceses, á los que predicán hace sesenta años

humanidad y tolerancia los filósofos más elocuentes? »...Un conducto capaz, que debia dar salida á la sangre, habíase abierto en la plaza de San Antonio. Digámoslo, por horrible que sea. Todos los dias la sangre recogíase á cubos, y cuatro hombres, durante la ejecucion, estaban ocupados en echarla en dicho sumidero.

«A eso de las tres de la tarde, largas procesiones de víctimas descendían al tribunal, y pasaban lentamente bajo bóvedas extensas, en medio de los prisioneros que se disponían en fila para verlas pasar con avidez sin igual. He visto cuarenta y cinco magistrados del Parlamento de París, y treinta y tres del de Tolosa, ir á la muerte con la misma cara con que iban ántes á las reuniones públicas: he visto treinta empresarios generales marchar con paso tranquilo y firme; y los primeros veinticinco negociantes de Sedan que, yendo á la muerte, daban compasion á los diez mil operarios que dejaban sin pan. He visto á Baysser, *el espanto de los rebeldes de la Vendée* y el guerrero mejor de la Francia: he visto todos aquellos generales que habia la victoria cubierto ántes de laureles, y, en fin, todos aquellos jóvenes soldados, tan fuertes y vigorosos... caminar en silencio: sólo sabían que iban á morir.»

Pr oudhon quiere completar este cuadro.

«La mision de Le Bon en los departamentos de la frontera del Norte puede compararse con la aparicion de las furias tan espantosas de los tiempos del paganismo. En los dias festivos disponíase una orquesta al lado del patíbulo. Muchachos corrompidos por él, y espías de sus propios parientes, componían la guardia. Algunos se preparaban con pequeñas guillotinas, con las cuales dando muerte á pájaros y ratones, adiestrábanse para cosas mayores.

»Es sabido que Le Bon, despues de haber deshonrado una mujer que se entregó á él para salvar á su marido, hizo morir á éste delante de su esposa, á la cual sólo quedó el horror de su sacrificio: género de atrocidad tan repetido, que Proudhon dice que no podían contarse las veces.

»En Nantes se distinguió Carrier. Cerca de ochenta mujeres sacadas del depósito fueron fusiladas.

»Cinco niños de ambos sexos, de los cuales el mayor tenía catorce años, fueron conducidos al propio lugar para ser fusilados. Nunca se vió un espectáculo más conmovedor. La pequeña estatura salva de los tiros á más de uno; libres de sus ataduras, se arrojan en brazos de sus verdugos, estrechan sus rodillas y levantan hácia ellos su cara, donde se pintan la inocencia y el espanto. Aquellos exterminadores los degüellan á sus piés.

»Ahogamientos en Nantes. Gran número de mujeres, en cinta las más, y otras con sus niños de pecho en el cuello... Las inocentes caricias, y las sonrisas de aquellas tiernas víctimas, difunden por las almas de las madres un dolor que acaba de destruir sus vísceras: con viveza responden á sus caricias, pensando ¡ay! que son las últimas. Se adelantan, las amontonan sobre una barca, y despues de haberlas desnudado, son atadas con las manos detrás. Los gritos más agudos y los vituperios más amargos de aquellas madres desventuradas levántanse de todas partes contra los verdugos: Touquet, Robin y Lamber contestan con sablazos, y la una aparta el semblante aterrorizada de una compañera suya cubierta de sangre, que, dando boqueadas, viene á exhalar á sus piés el último suspiro. Mas se ha dado la señal; los forjadores, con un golpe de segur, levantan la cañonera, y las olas las sepultan para siempre.»

Añadamos aún la cita de dos libros de muy grande valor por las cosas que dicen y los documentos que traen. El primero es de Cordier, y se titula *Martyrs et Bourreaux*; el otro de Damas: *Souvenirs de guerre et de captivité*. En aquél, y en la página 358 del volúmen tercero, hállase la estadística siguiente de los individuos muertos por obra de la revolución francesa. «Bajo la Asamblea Constituyente, 3,750. Bajo la Asamblea Legislativa, 8,044. Bajo la Convención Nacional, 1,076,606. Sobre los campos de batalla, 800,900. En las Colonias, 184,090. Además la Francia perdió en Bélgica, en Suiza, en Italia,

en Alemania, en Malta, en Irlanda, en Egipto, en Siria, en la Guyana, etc., á consecuencia de fusilamientos ó deportaciones, 1,200,000. Además 600,000 puestos á disposicion de Bailleul. Además 100,000 cabezas pedidas por el *Club de Manège*. Total, 3,922,900.» ¡Cerca de 4,000,000 entre hombres, mujeres y niños, desde el 24 de Agosto de 1787 hasta principios de Mayo de 1794, es decir, sólo en seis años! Y hablamos de los niños, porque en la página 355, entre las 3,540 víctimas del 17 de Junio de 1791, y del 1.º de Octubre de 1791, hallamos señaladas 12 mujeres y 23 niños, así como 548 mujeres entre las matanzas de Lyon (1793). Allí mismo entre las de Tolon (1793), 1,265 mujeres y niños arrojados al mar. En la página 357, entre los 900,000 degollados, fusilados ó muertos en las guerras de la Vendée, 15,000 mujeres y 22,000 niños; por último, entre las víctimas del proconsulado de Carrier en Nantes, 500 niños fusilados, y 15 supuestos ahogados.

«Cerremos á Cordier y abramos á Damas (página 303): «Contad, si teneis valor, lo que sólo las últimas guerras costaron en dinero y en vidas humanas. Crimea, 8,000 hombres y 900,000,000. Italia (1859), 1,900,000,000. Schleswig-Holstein, 180,000,000. La América del Sur, 11,900,000,000. Otras guerras lejanas, 1,690,000,000. Total: 47,300,000,000.»

»Si de las pérdidas de dinero pasamos á las de las vidas humanas, ¡qué cifras tan espantosas! Desde 1792 á 1815 la guerra hizo perecer á 5,350,000 hombres. Desde 1815 hasta 1864, el total de los hombres muertos en las várias guerras de la Europa asciende á 2,766,000. A medida que nos acercamos á los últimos años, aumenta la proporcion. En Crimea, 784,991 combatientes. En Italia, 45,000. En el Schleswig-Holstein, 3,560. En la América del Norte, 284,000, 519,000 en la del Sur, y 65,000 en las expediciones lejanas.» Sin embargo, aquí no se cuentan los miles de millones, ni las víctimas de las dos guerras del Austria con la Prusia, de la Prusia con la Francia, en las cuales se vertieron á torrentes el oro y la sangre. ¡Gran Dios! ¡Qué matanza de

hombres ha sabido hacer la fraternidad introducida en el mundo por la Revolucion!

¿No basta esto para que todos se desengañen del caso que se debe hacer de la tan decantada fraternidad? ¿Son necesarias más pruebas? Noten, de gracia, los lectores que hubo víctimas de todos los grados y condiciones de la sociedad: de los que promovieron los principios de la Revolucion, nadie quedó exento. Convendría que la leccion aprovechase á los que la necesitan.

Mas dejando todos estos horrores, para un completo desengaño, comparad esta sordidez, mezquindad y barbarie con la generosidad, nobleza y delicadeza sobrehumanas de la Iglesia católica, que ha establecido en el mundo la fraternidad verdadera. Lo negro sobre lo blanco se descubre y conoce mejor. Ellos consideran como hermanos á los que hablan una misma lengua, cosa, como cualquiera notará, completamente advenediza, porque las lenguas de Europa se remontan á pocos siglos atrás: la Iglesia, por el contrario, se gloria de recibir en su seno y de amar á todas las tribus é idiomas de la tierra. Ellos no reconocen como hermanos sino á los de una misma raza, ó, lo que vale lo mismo, sólo á los que descienden de un tronco comun, cosa enteramente arbitraria: la Iglesia, por el contrario, abraza todas las estirpes de hombres, cultos ó bárbaros, doctos ó ignorantes: basta que sean hombres. Ellos extienden su amor (¡y qué amor!) á los encerrados en riberas, montañas y confines determinados: la Iglesia traspasa todos los confines, atraviesa todos los mares, y donde halla un hombre, le extiende sus brazos maternales y lo estrecha contra su corazon. Ellos procuran beneficios particulares, y despues de procurarlos al pequeño círculo de gente á que restringen la pátria y la nacion, se consideran bienhechores de la humanidad, y se jactan de ello inmensamente: la Iglesia, por el contrario, desea todos los pueblos del universo, sin excluir de su cariño los más hórridos y más despreciados: hácelo con divina modestia. Ellos reputan como el mayor bien un poco de tierra, algun ade-

lanto en la administracion pública, y alguna comodidad mayor en la vida: la Iglesia no se ciñe á estas mezquindades, sino que ansia y procura á los hombres los inefables dones de la gracia y de la gloria: aquellos en el tiempo, y éstos en la eternidad. ¿Qué os parece, lectores?

Pero aún hay más: la caridad presta la propia persona en servicio de las necesidades ajenas, mientras la fraternidad, á lo más, arroja un pedazo de pan al mendigo. Cierito es luctuoso y frecuente espectáculo ver pobrecillos cuya carne se corrompe por su enfermedad ántes de bajar á la tumba. ¿Quién supo, fuera de la caridad cristiana, ir en su busca, y reunirlos en grandiosos hospitales, para poder cuidarlos más amorosamente? ¿Quién supo espirar en flor, como nuestras jóvenes, sacrificando la edad, la hermosura, la delicadeza, la salud, los goces de la vida, y con frecuencia hasta la nobleza de nacimiento, para la curacion de aquellos infelices, contentándose con ver sólo, en los pocos dias que pasan sobre la tierra, enfermedades, hediondez y podredumbre?

La vejez, unida á la pobreza, ofrece otro abismo de miseria y de suciedades. No la fraternidad moderna, sino la caridad cristiana, halló tambien piedras preciosas en ella, y las recogió: ni la naturaleza opuso repugnancias que no fuesen generosamente vencidas. Con las suciedades va unido en las cárceles y en los presidios el horror que causan los asesinatos, los sacrílegos y los malvados. Y sin embargo, se supo la caridad abrir paso en el fondo de las torres y en las sentinas de las galeras, para esparcir, con el socorro á los cuerpos, los consuelos del espíritu sobre aquellos infelices. Llegó á encerrarse con ellos en las calas de los buques para poder proveer á sus necesidades más fácilmente, aunque con incomodidad más extraordinaria.

¿Qué seres más súcios y abyectos en la tierra que las víctimas de la pública prostitucion? El mundo, despues de abusar mucho tiempo de ellas y embrutecerlas, las rechaza con desden, y las oprime. ¿Qué les queda en aquel abandono sino la caridad

que las busca, las acoge, las estrecha contra su corazón, limpia su cuerpo, y; sobre todo, su espíritu, y, santificándolas con su pureza, las vuelve á su dignidad primitiva?

¿Pensó nunca la fraternidad en someterse á los hierros y cadenas para rescatar á pobres padres de familia que gemían en la esclavitud de los turcos? Ciertamente sí la caridad cristiana. ¿Quién pensó en condenarse toda la vida á la educación de niños pobres y groseros? ¿Quién á pasarla entre países bárbaros, siempre con el lazo en la garganta y la cimitarra encima, para hacer de fieras hombres, de hombres cristianos, y de naciones salvajes otras verdaderamente civilizadas? ¿Quién enseñó á despojarse completamente de lo suyo para vestir á otros? Mas no quiero recoger aquí en pocas líneas las proezas de la caridad cristiana: diré sólo que mientras la fraternidad moderna no se dedique á ninguna de tales obras, y sí á tantas otras de un género tan diferente, no juzgo necesario aún inaugurarla entre nosotros, que podemos estar contentos con nuestra caridad antigua. ¿No seriais, lectores, del mismo modo de pensar?

CAPÍTULO XX.

Igualdad.

I. Todos somos iguales ante la ley.—II. ¿Por qué no abolir la aristocracia?—III. El fuero privilegiado.

La igualdad, á la libertad y á la fraternidad unida, forma el ídolo de tres cabezas á que ofrecen incienso todos los malos. ¿Qué quieren decir, pues, los que reclaman la igualdad? Ciertamente querrán alguna cosa nueva, distinta de la que había el Cristianismo proporcionado al mundo. Hé aquí lo que quieren. En el orden social, desean que se quite la distincion entre los que mandan y los que obedecen, que no se admitan más grados, que sean iguales todos los hombres á los ojos de la ley, que sean suprimidos todos los privilegios que por nacimiento ó condicion pretendan otros, y que lo sea, sobre todo, el fuero especial de los sacerdotes. ¿En qué fundamento apoyan esta igualdad? Porque Dios, responde uno, nos ha hecho iguales á todos; porque la naturaleza humana es la misma en todos, contesta otro; porque el privilegio concedido á uno es una injuria hecha á la generalidad, dice un tercero. Mas como todas estas razones, sobre las cuales se funda y se proclama la igualdad, sólo son sofismas aducidos para subvertir á los Estados, será muy oportuno comenzar examinándolas.

I. *Dios nos ha hecho iguales.*—Tal es el primer principio en este asunto, que, con demasía universalmente tomado, es la falsedad primera; porque si habláis de la igualdad de la naturaleza específica, todos los hombres son ciertamente iguales, por cuanto todos tienen la razon y la *animalidad*; mas si quereis con esto excluir las diferencias individuales, hasta tal punto es falso, que más no lo puede ser la misma falsedad. Los hombres son desigua-